

VIDAS SINGULARES

de la historia

Título original:

Kleopatra und der Mantel der Mach

Textos:

María Regina Kaiser

Ilustraciones:

akg-images; akg/Bildarchiv Steffens; Bildarchiv PreuBischer Kulturbesitz (bpk); bpk/Antikensammlung, SMB/Johannes Laurentius; bpk/RMN/Hervé Lewandowski; bpk/Ägyptisches Museum und Papyrussammlung, SMB/Margarete Büsing; bpk/Scala; picture-alliance/akg-images; picture-alliance/akg-images/Werner Forman.

A pesar de haber llevado a cabo una minuciosa búsqueda, no ha sido posible encontrar a todos los titulares de los derechos. Se ruega a los titulares que se pongan en contacto con la editorial Arena Verlag GmbH.

Traducción:

Teresa Martín Lorenzo

© 2011 Arena Verlag GmbH, Würzburg

www.arena-verlag.de

© De esta edición:

Editorial Editex, S. A.

Vía Dos Castillas, 33. C.E. Ática 7, edificio 3, planta 3ª, oficina B

28224 Pozuelo de Alarcón (Madrid)

ISBN: 978-84-9003-306-7

Depósito Legal: M-2912-2013

Imprime: Orymu

Impreso en España - Printed in Spain

Reservados todos los derechos. Ni la totalidad, ni parte de este libro, pueden reproducirse o transmitirse o archivararse por ningún procedimiento mecánico, informático o electrónico, incluyendo fotocopia, grabación o cualquier sistema de almacenamiento de información sin permiso escrito de Editex, S. A.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

*Para Renate Chotjewitz-Häfner,
inolvidable, siempre recordada*

Maria Regina Kaiser

Cleopatra

y el manto
del poder




EDITEX



El manto púrpura

De repente, estaba sola. Todas las demás trabajadoras se habían marchado del taller.

El taller de bordado se encontraba en el último piso de la torre angular del Palacio Real de Alejandría. Las inmensas ventanas se abrían al mar. Se oía el rumor del oleaje y un fuerte viento doblegaba los pinos de la orilla. Era un cálido día de verano. El manto rojo estaba extendido sobre una mesa baja. Reyes y generales lo habían llevado sobre los hombros. Tenía unas pequeñas bolitas de plomo que mantenían derechas las tablas y estaba rematado con relucientes perlas. El capitán de la guardia personal del César aguardaba junto a la puerta.

—Vendrá enseguida —dijo y me guiñó un ojo dándome ánimos. Cada vez estaba más nerviosa.

Con una mano tenía agarrada la aguja con el hilo púrpura, mientras con la otra sostenía el saquito de las perlas. ¿Qué quería el *imperator*¹ de mí, una esclava de doce años? Tenía “manos hábiles”; llevaba bordando dibujos de hilos de oro y perlas en trajes desde que era una niña.

Los pensamientos se agolparon en mi mente mientras oía cómo se aproximaban los pesados pasos de las botas claveteadas de los soldados.

¹ *Imperator*: Título honorífico de los más destacados generales romanos, concedido por los soldados y el Senado tras una gran victoria.



¿Habría cometido algún error? ¿Había arruinado el manto? ¿Me castigarían dándome latigazos?

El saquito cayó al suelo. Como si fueran canicas, las perlas salieron rodando sobre el suelo de piedra. Me arrojé al suelo y las recogí con manos temblorosas.

—¿Eres Syris?

Levanté la mirada. Un hombre sorprendentemente menudo y delgado, con amplias entradas, pelo ralo y gris en las sienes y ojos oscuros, casi negros, se encontraba frente a mí. El centurión² se marchó, cerrando la puerta tras de sí. Estaba a solas con el *imperator*.

Me ayudó a incorporarme con suavidad y, tomándose la mano, me llevó hacia la mesa.

Contuve el aliento mientras aquel romano contemplaba mi obra. De vez en cuando, se inclinaba hacia delante. Recorrió la tela, el bordado y las perlas con las yemas de los dedos.

² Centurión: Un centurión comandaba una centuria de cien hombres.

- ¿Qué edad tienes?
—Doce años.
—¿Y tus padres?
—Han muerto. Mi madre era tejedora de púrpura.
—¿Y llevas un mes aquí?
—Sí. Nunca he robado nada.

El *imperator* permaneció callado.

—Solo una vez, cuando era muy pequeña, me tragué dos perlas.

Ya estaba, ahora ya lo sabía todo. Casi todo. Pensé en el pescado seco, los huevos y los dátiles que me había llevado de la cocina del Palacio. ¿Habría llegado aquello a oídos del *imperator*? Yo pertenecía al grupo de esclavos que había adquirido en las últimas semanas. Y me habían encargado precisamente a mí el difícil trabajo de reparar el manto



púrpura de los reyes de Oriente. Me permitían trabajar en el taller del Palacio egipcio, junto con las costureras egipcias, bajo la supervisión de un eunuco real.

—Tampoco me he quedado jamás con ningún hilo púrpura —le miré a los ojos—. No soy ninguna ladrona.

—Syris, si estoy aquí es por una razón totalmente diferente.

El *imperator* me soltó la mano y se sentó en un taburete. Me acuclillé en el suelo delante de él.

—Me han dicho que eres la mejor bordadora de perlas del mundo —empezó a decir César. De pronto, una sonrisa extrañamente pequeña se dibujó en su rostro. La sonrisa de un *imperator*—. ¿Te encuentras a gusto aquí?

—Te... tengo hambre —dije con voz entrecortada.

—Sí, lo sé —respondió sonriendo.

—¿Cómo puedes saber eso?

—Tu ración ha sido reducida para que no se te pongan gordos los dedos, ¿entiendes?

Me quedé mirándolo con expresión perpleja.

—Estás en la edad en la que las chicas engordan y se fortalecen. Pero tú tienes unos dedos únicos. Por eso tienes que renunciar a la comida.

—¡Oh, no! —exclamé—. Me paso todo el día pensando en comida, en pan y puré de guisantes.

—No, eso no es verdad. Mira este manto. Las polillas le habían hecho muchos agujeros. Ahora está como nuevo —hablaba en un tono cordial. Mi miedo se desvaneció. De repente me sentí muy orgullosa de mi trabajo. Las puntadas

eran tan finas que no se veían. Los hilos de plata le conferían un brillo metálico a la tela.

—El manto de los reyes —dijo César con una sonrisa más ancha, que le hacía parecer más joven—. Se lo voy a regalar a la Basilissa³. El manto y a ti.

Le miré, atónita.

—Tú, Syris, permanecerás siempre cerca del manto. Porque tú formas parte del regalo.

—¿Yo?



3 Basilissa /Basileo: palabra griega para reina/rey.

—Tú serás quien se lo quite a la reina de los hombros, quien lo guarde y lo cuide. Nadie lo conoce tan bien como tú.

Intenté alegrarme, pero no lo conseguí. Tenía miedo de la reina, a la que no conocía. Yo era una extranjera, de cuyo acento sirio se burlaban las otras esclavas. Suspiré. Pero ¿qué otra opción tenía, sino obedecer la orden de mi amo?

—Te he traído algo.

Sacó un pequeño cilindro unido a una cadenita de cobre del cinturón de su coraza de cuero y volvió a esbozar su pequeña sonrisa imperial.

—¿Para mí? —Dejé la aguja y el saquito de perlas junto al manto púrpura.

—El documento de tu liberación —dijo alegremente—. Léelo tú misma. Porque sabes leer ¿no?

Desamparada, clavé la vista en el papiro*. Letras del alfabeto latino.

—Solo sé leer griego —confesé avergonzada y me esforcé en mantener la compostura. ¿Había dicho realmente “liberación”?

Sí, le había oído bien.

César bajó la voz y me habló casi susurrando. Mañana abandonaría Egipto para emprender una guerra en Siria. En Alejandría dejaría tres legiones* para proteger a la reina Cleopatra y a su bebé, que estaba a punto de nacer.

—¿Y yo? —pregunté.

—Dentro de veinte años, la esclava Syris será libre —decía en latín el documento—. Siempre que presente los informes.

—¿Los informes? —tartamudeé.

El *imperator* me explicó lo que quería decir: todo lo que viera en la corte, todo lo que oyera de boca de la reina, tendría que escribirlo, sellarlo, meterlo en el cilindro y entregárselo lo antes posible al hombre de la serpiente del puerto real.

—¿El hombre de la serpiente?

—Se ocupa de las velas de los barcos de pasajeros y está todos los días en el embarcadero.

Me sentí aliviada al saber que la tarea era así de fácil.

—¿Estás de acuerdo, Syris? —me preguntó por último.

Quería ser libre. Le prometí que haría todo lo que me pedía.

Los esclavos en la Antigüedad

Los esclavos podían ser comprados y regalados. A menudo eran valiosos especialistas, pero sus propietarios decidían cuál era su residencia y la actividad a la que se dedicaban, y podían castigarles y golpearles. Ante la ley eran considerados indignos. Incluso después de la muerte de su amo, seguían siendo esclavos.

A pesar de su propia dependencia, los esclavos, a su vez, podían tener esclavos y adquirir patrimonio. A su muerte, algunos amos concedían la libertad a sus esclavos mediante una disposición en su testamento.

Los propietarios romanos podían torturar e incluso matar a sus esclavos. Era muy habitual que recibieran palizas. En momentos de hambruna, las primeras raciones que se reducían eran las de los esclavos. En Egipto y Grecia los esclavos tenían más derechos: allí sí contaban para las leyes públicas y los matrimonios entre esclavos eran respetados.

Sin embargo, en todos los países, los esclavos podían comprar su propia libertad. Había asociaciones de esclavos que recaudaban capital con el fin de que sus miembros pudieran tomar prestado dinero para obtener la libertad.

Muchos esclavos formaban parte de los botines de guerra o de los piratas. Otros, debido a la acumulación de impuestos, caían en la servidumbre por deudas.

Cuando se le concedía la libertad, al esclavo se le daba un golpe con un palo, se le entregaba un gorro de fieltro, el gorro de la libertad, y los documentos con su nuevo nombre: el nombre de la familia de su amo (por ejemplo Julio, Antonio o Claudio) sumado a su antiguo nombre.

Alejandría, la capital de Egipto

En el año 332 a.C., Alejandro Magno fundó la ciudad de Alejandría en una lengua de tierra entre el mar Mediterráneo y el lago Mareotis. Ptolomeo I la convirtió en sede de su gobierno, sustituyendo a Menfis como capital de Egipto. Alejandría estaba habitada por griegos, egipcios, judíos y sirios. Llegó a convertirse en una famosa metrópoli, comparable a las actuales Nueva York o Londres. Era un rico centro comercial que poseía dos puertos. Bajo el dominio de los romanos, la fastuosa Alejandría fue la segunda ciudad en importancia después de Roma. El faro de Pharos, de ciento veintidós metros de altura, emblema de Alejandría, era la séptima de las antiguas maravillas del mundo y, tras las pirámides, la segunda construcción más grande del mundo en la época.

En el Museion estudiaron científicos de todo el mundo, entre ellos Euclides.

El faro, el Museion y la Biblioteca de Alejandría ya no existen en la actualidad. El Palacio de Cleopatra, erigido a orillas del mar, se hundió en las aguas. Gracias a las modernas tecnologías, en 1955 los arqueólogos consiguieron rescatar restos del faro, estatuas y esfinges* de la ciudad sumergida. Esos hallazgos pueden visitarse en el Museo Nacional Egipcio de Alejandría.

Hoy en día, existe el proyecto de construir un museo submarino en el puerto: desde un túnel de fibra de vidrio, los visitantes podrán pasear pronto por el que un día fuera el Palacio de Cleopatra.

Primer informe: la audiencia

Después de que me visitara César en el taller, no pude pegar ojo en toda la noche y, sin embargo, a la mañana siguiente estaba totalmente despierta. Tras el baño, me trencé el cabello y me puse una túnica nueva. Cogí el cofre, revestido de pan de oro, en el que yacía el manto, doblado. Al pie de la torre, me esperaba el centurión de César. Ya le conocía. Rufio, así se llamaba, me condujo a través del grupo de soldados romanos en formación hasta donde se encontraba el *imperator*. César llevaba la coraza de general en jefe y, por encima de su hombro, ondeaba su capa ropa. Dos hileras de lictores⁴ con las fasces avanzaban delante. A nuestras espaldas, resonaban atornadores las trompetas y los redobles de los tambores. César caminaba tan deprisa que casi no podía mantener su ritmo. A izquierda y a derecha, grandes multitudes jubilosas se apretaban contra las vallas construidas con tallos de papiro. Frente a ellas, los soldados vigilaban que nadie se abriera paso hasta el César.

Nuestra meta era la sala de audiencias en la zona inferior del edificio del palacio. La procesión ascendía lentamente las escaleras de mármol. Los altos dignatarios de la corte, vestidos de blanco y adornados con cadenas de oro

4 Lictores: Los lictores precedían a los magistrados romanos en las apariciones públicas portando las fasces (una segur en un hacesillo de varas) como signo del cargo de estos.

y pecheras doradas nos esperaban en la entrada. Respetuosos, hicieron una reverencia ante el César, que respondió a su saludo con una ligera inclinación de cabeza.

La alta cúpula era sostenida por columnas de tonos verdes y dorados. En las paredes resplandecían los mosaicos. Los arcos de las ventanas estaban cerrados con paneles transparentes de alabastro para que no hubiera corriente en las salas del palacio y, a pesar de que era temprano, hacía un calor sofocante.

Nos desplazamos por las pulidas losas a través de la multitud, que estaba ataviada con ornamentos festivos. En la primera fila de la sala de audiencia estaban arrodillados los eunucos principales, reconocibles por sus cabezas rapadas, sin pelo y sin barba. Tres escalones conducían a una plataforma con dos tronos de oro.



En uno de ellos se encontraba la reina egipcia, portando la doble corona de Egipto. Su pie derecho descansaba sobre la nuca de un leopardo hembra. Junto a su trono, había una leona tumbada. En el otro trono reconocí al hermano de la reina, que iba tocado con la misma corona roja y blanca, un muchacho pálido con los ojos excesivamente grandes. De vez en cuando, sacaba uno de sus pies de las sandalias doradas. Se notaba que hubiera preferido estar fuera jugando al balón en vez de estar allí sentado. Los abanicadores movían constantemente el aire para refrescar a la pareja real.

Los lictores se hicieron a un lado. César inclinó un poco la cabeza y luego me hizo un gesto indicándome que le siguiera. Subí los escalones y me arrodillé debajo de él con el cofre abierto. Uno de los abanicadores lo cogió de mis manos, lo llevó frente al trono de la reina y sacó de él el manto. Entonces, César pronunció un discurso.

—En nombre del Senado* y del pueblo romano quiero agradecer a la reina de Egipto su hospitalidad y la amistad que muestra hacia el Senado y el pueblo de Roma —habló en latín. Un intérprete iba traduciendo al griego una frase tras otra—. Este manto posee un grandioso pasado. El rey Mitrídates* lo llevó, antes de que se lo robara Pompeyo*. El Senado y el pueblo de Roma se lo entregan hoy a Cleopatra Filopator Filadelfos⁵.

5 Filopator: Palabra griega que significa “que ama a su padre”.

Filadelfos: Palabra griega que significa “que ama a su hermano”.



Y mientras pronunciaba esas palabras, César le colocó el abrigo a la reina con sus propias manos.

Cleopatra se había puesto en pie y había avanzado un paso. Ahora, engalanada con el manto púrpura, se erguía junto al César. Todos vitorearon y aplaudieron. César esbozó su pequeña sonrisa de imperator y la reina esbozó una sonrisa radiante. Solo el rey Ptolomeo parecía contrariado.

Cleopatra extendió los brazos y el manto se desplegó a su espalda. Bajo esa prenda de un rojo tan intenso y brillante, estaba tan bella como una diosa. La leona y la hembra

del leopardo se levantaron y bostezaron. El *imperator* no parecía tener ningún miedo de las fieras y yo confié en que a mí tampoco me hicieran nada.

—¡Nea Isis!⁶ ¡Nea Isis! —exclamaban los cortesanos y todos los presentes a coro.

—Egipto y su reina te dan las gracias, *imperator*, y también al Senado y al pueblo romano. Has garantizado la seguridad de nuestro gobierno. Somos amigos y compatriotas del pueblo romano y lo seremos desde ahora hasta la eternidad —oía por primera vez la clara voz de Cleopatra, con su melodioso tono, al expresar su agradecimiento por el regalo—. Vuelve pronto a Alejandría, *imperator* —concluyó—. Mi palacio es tu palacio.

César avanzó un paso hacia ella.

—Y ahora un último regalo que quiero hacerle personalmente a la reina de Egipto —levantó el brazo, dando una orden. Por la puerta lateral entró el centurión Rufio al frente de la guardia gala de César. Todos ellos tenían los cabellos desgreñados y llevaban pantalones anchos, y sus torsos y brazos desnudos exhibían tatuajes azules: una visión terrorífica.

—Estos hombres se quedarán en Alejandría para proteger a la pareja real —anunció el *imperator*.

Un murmullo recorrió toda la sala. ¡No solo el manto púrpura, sino también su propia guardia! Nunca antes había Roma agasajado a Egipto de forma tan honorable.

6 Nea Isis: Joven Isis.

Entonces empezaron a sonar unas arpas y unas bailarinas giraron formando remolinos en torno al trono. Un cantante calvo con la barba poblada entonó una canción melancólica. Cuando acabó, resonaron las trompetas. Cleopatra y Ptolomeo se alzaron. La mano derecha de Cleopatra reposaba en la nuca de la leona, mientras con la izquierda acariciaba a su otra mascota. Como perros bien enseñados, ambos animales la acompañaron cuando se



marchó, cada uno a un costado de su dueña. El grupo de eunucos y abanicadores precedió a la reina hasta la salida. César los siguió, junto con sus lictores y guardaespaldas. Por un momento, me quedé dudando, pero luego cogí el cofre y seguí la procesión real. Ahora formaba parte del personal doméstico de la reina, tanto si me gustaba como si no.

Un joven eunuco me dio unos golpecitos en el brazo.

—Soy Skellios —se presentó—. Me han dicho que te lleve junto a la reina. Ya puedes quitarle el manto.

Colorada por la emoción, le seguí a través de un largo pasillo de columnas hasta el ala del palacio que daba al mar. Skellios cargó con el cofre por mí. Caminaba deprisa. También él tenía la cabeza rapada y llevaba un pendiente de aro de oro en el lóbulo derecho.

—No puedes mirar a la reina a la cara cuando le quites el manto ni tampoco puedes hablarle —me explicó mientras nos apresurábamos por el pasillo—. Y no puedes tocarle la piel jamás. ¡Es la piel de una diosa!

—¿Y qué pasa cuando... qué pasaría si, sin querer, lo hago?

—Que te azotarían. Y te despedirían al instante.

De repente, en una sala pintada de colores claros, los dos reyes se detuvieron. Todos los que los rodeaban se arrojaron al suelo. La reina abrió los brazos. También su hermano extendió los brazos y se quedó inmóvil como una estatua. De una esquina empezó a brotar la melodía de una flauta.

—Ahora —susurró Skellios y me empujó hacia el suelo.

De rodillas, con la mirada baja, me arrastré hacia la reina de Egipto y alargué la mano hacia el manto. Con una ligera sacudida de hombros, hizo que cayera resbalando por su espalda. Otras esclavas le quitaron los pesados brazaletes y la pieza del pecho. Yo doblé el manto púrpura y lo deposité en el cofre, que Skellios sostenía abierto ante mí.

¿Cuáles eran las intenciones del general romano Julio César sobre Egipto?

Cuando regresó de la conquista de las Galias, Julio César temía que su adversario en Roma le reprochara el hecho de haber iniciado una guerra sin permiso del Senado. En enero del año 49 a.C., César cruzó con sus tropas el río Rubicón, que marcaba la frontera entre Galia



e Italia, lo cual para los romanos equivalía a declaración de guerra. En Roma, tanto César como Pompeyo, el segundo hombre más poderoso de Roma, tenían partidarios y opositores. La guerra civil fue una lucha de poder entre ambos. Los cónsules* y muchos senadores huyeron con Pompeyo a Grecia. César y Pompeyo enfrentaron a sus respectivos ejércitos, de modo que en muchas familias luchó hermano contra hermano. El Senado respaldó a Pompeyo.

Eje de división del Imperio
entre Antonio (este)
y Octaviano (oeste).



Tras la conclusión de la batalla de Farsalia (Grecia) en el año 48 a.C., Pompeyo, derrotado, huyó hacia Egipto con la esperanza de contar con el apoyo del rey Ptolomeo XIII. Sin embargo, el rey, que entonces tenía trece años, y su consejo real consideraron que la mejor solución era quitarle la vida a su visitante.

Un día después, el victorioso César llegó a Alejandría y se instaló en un ala del palacio. A pesar de que los romanos eran odiados en todo Egipto debido a su intromisión en la política del reino, César había traído consigo a solo cuatro mil soldados y un número insuficiente de barcos de guerra.

A continuación, exigió que el joven rey Ptolomeo XIII le reembolsara las deudas contraídas por su padre. Necesitaba el dinero para pagar a sus tropas. El preceptor del joven rey alegó que las cámaras del tesoro estaban vacías y demandó que César se marchara del país. Julio César explicó que, como cónsul romano, quería dirimir en las disputas sucesorias entre los hijos del difunto Ptolomeo XII. Según él, Ptolomeo XIII y Cleopatra debían despedir a sus huéspedes y llegar a un acuerdo.

A diferencia de su hermano, Cleopatra emprendió una estrategia de cordialidad con los romanos para volver a instalarse en el trono. Al principio, negoció con César a través de emisarios para acabar infiltrándose en persona en el palacio para encontrarse con él. No obstante, cuando su hermano la encontró flirteando con el romano, movilizó al pueblo egipcio, incitando a sus súbditos a que se rebelaran contra César.

Ptolomeo XIII y sus consejeros temían que Cleopatra fuera elegida monarca única y, en secreto, establecieron contactos con el general egipcio Aquiles. Así dio comienzo la guerra de Alejandría.

La guerra de Alejandría

En la guerra contra los romanos, los alejandrinos llegaron incluso a dar armas a sus esclavos y a envenenar el agua potable. Encerrado en un ala del palacio, César esperaba a los refuerzos. En la batalla que tuvo lugar cerca de Pharos, el gigantesco faro de Alejandría, se quemaron parte de la Biblioteca y del Museion. En esa batalla, César tuvo que atravesar a nado las aguas del puerto para salvar su vida. Bajo una lluvia de flechas, consiguió salvarse llegando hasta un barco.

La hermana pequeña de Cleopatra, Arsinoe, se escapó del palacio con su preceptor para unirse al ejército egipcio y a su comandante, Aquiles. Finalmente, César liberó asimismo al hermano de Cleopatra, que asumió de inmediato el mando de la guerra contra el romano.

A principios del año 47 a.C. las tropas de reemplazo de César se presentaron en Siria y derrotaron al ejército egipcio. El joven rey Ptolomeo XIII “desapareció” en el fragor de la batalla. Julio César arrestó a Arsinoe, mientras que Cleopatra, por orden de César, tuvo que contraer matrimonio con su hermano menor, Ptolomeo XVI, de once años, y gobernar con él el país. Ese tipo de matrimonios entre hermanos eran comunes en la dinastía de los Ptolomeos. En el caso de Cleopatra se trataban de una formalidad y los matrimonios con sus hermanos no se consumaron. César dejó tres legiones bajo el mando del leal Rufino (“Rufio”) en Egipto para proteger y controlar a la pareja real.